



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

EL ORDEN SOCIAL

Quiérase ó no, plazca ó no á los visionarios que presumen de poder variar la naturaleza de la sociedad, es evidente que la acción de hombre, por más inteligente y poderoso que se le suponga, tiene límites que no pueden traspasar. La soberbia humana se despechará de considerar que hay cosas á que no alcanza ni puede alcanzar la razón y el poder del hombre: más á pesar de ese despecho, la soberbia humana será impotente para innumerables cosas.

Ciertos espíritus mediocres en su inteligencia y desmedidos en su altivez y presunción, propenden á subyugar á los demás, imponiéndoles como ley lo que piensa y lo que quieren. Someterse al consejo de la inteligencia agena, deferir á la voluntad de otro, por más entendido y superior que sea, son cosas que rechazan airado aquellos que se jactan de pensar mejor que los demás, y de ser mas acertados que los muchos, que en el curso del tiempo han dado pruebas irrecusables de acierto y de bondad.

Si la petulancia de los que sin rubor y sin ciencia se arrojan una superioridad de espíritu, que desmienten sus discursos y sus obras, tan solo aspirasen á sobresalir y predominar entre los hombres, tolerable seria: solo habría que sufrirles, aunque fuese de mal grado, la ridícula presunción, la repugnante fatuidad, la soberbia chocante. Pero pasan muy mas adelante. Osan someter á su ruin juicio las mismas obras de Dios. Desvanecidos con sus propias ignorancias, que llaman su saber, déjanse de su sentido común, y de aquel sano criterio con que se conocen las más altas, más obvias, y más importantes verdades. El rústico y el montariego sencillos, perfectamente saben que

Dios existe, que es infinitamente superior al hombre, por la sabiduría, por el poder y por la bondad. Saben asimismo que Dios es autor del hombre y de la sociedad humana: que crió al uno y á la otra con tal naturaleza como les vemos: que no es posible al hombre mudar su naturaleza propia, como no lo es que se hubiese dado su existencia, ó que se prolongue á su gusto la que ha recibido del Criador. También saben con cabal certeza que el hombre, como toda la naturaleza material, en la cual preside, esencial y necesariamente, ha dependido y depende de Dios: que si por voluntad del Altísimo existió el universo, sin la misma voluntad no se podría conservar un momento: y que nada crió Dios, ni en el orden de los espíritus, ni en el orden de los cuerpos, sin cierta armonía y cierta regularidad que trazó á los unos y á los otros. Y no ignoran que en el orden de la humanidad, en que se enlazan misteriosa, pero evidentemente, la inteligencia y la materia, y en que concurren muy concertadamente las leyes de los espíritus y las leyes de los cuerpos, hay una ley divina, llámese ley natural ó simplemente la moral universal, existente y reconocida, en todo tiempo y lugar, por toda la redondez de la tierra.

Estas verdades tan sublimes como claras, tan importantes como fáciles de conocer, son la filosofía natural del género humano, son la ciencia primitiva, enseñada de generación en generación, accesible a los entendimientos mas humildes, preceptible para las gentes mas incultas. Son parte de aquellas verdades fundamentales del saber humano, llamadas metafísicas, porque están muy sobre la naturaleza corpórea mas no porque sean inaccesibles al entendimiento del hombre. Son verdades de una gerarquía y de una exelsitud mayores que la del sol; pero tan claras, tan luminosas, tan asequibles como la luz meridiana del soberano de los astros. Y sin embargo de su alteza y de su lucidez, estas verdades parecen ocultas á ciertos novadores preciados de sabiduría, que las desconocen ó las niegan, y que discurren cual si ellas nunca hubieran llegado á su entendimiento. ¡Cuan cierto es que la soberbia ciega! ¡Qué bien probado está en la historia de las aberraciones del alma humana, que es ignorancia la ciencia que desconoce las obras de Dios, y al mismo Dios! Tal como los dementes, que no conocen su enagenamiento mental, motejan á los cuerdos, teniéndoles por extravagantes, así

los incrédulos rien y se mofan de los que no aceptamos sus ignorancias y negaciones, y aprendemos y afirmamos lo que Dios nos ha enseñado por la propia razón y por sus revelaciones escritas o tradicionales.

Estamos en un tiempo en que la incredulidad se ha propagado como una peste mortífera, por las naciones del antiguo y del nuevo mundo. Las historias contemporáneas, los libros y periódicos que con profusión producen las imprentas, las correspondencias ultramarinas y continentales, refieren á una voz y con asombrosa variedad, los discursos y las obras de la incredulidad, en el mundo político, en el mundo religioso y en el mundo social. ¡Negadas las verdades más importantes y palmarias! ¡Atacadas las instituciones mas benéficas! ¡Conmovida y aun subvertida la sociedad hasta en sus fundamentos!... Hay una empresa en grande para destruir juntamente la Iglesia con la magestad de su gerarquía y la pompa de sus grandes instituciones, y el Estado con su autoridad, con sus familias, con su autonomía, con su constitución social; tal es en cortas frases el resúmen de ciertos acontecimientos que se ensayan mas allá del océano, y que se preparan también para las pintorescas regiones de ambas Américas.

Destruyamos todo lo existente, han dicho los novadores en su furiosa y fúnebre monomanía: hagamos de nuevo las sociedades: no están bien como han sido hasta ahora. Hasta nuestros días, en que por nuestro alto saber, se ha conocido cómo debió ser hecho el hombre, y cómo debieron ser organizadas las sociedades, se ha ignorado el arte de gobernar bien á los pueblos. En cerca de sesenta siglos que nos han precedido, se ha dado a Dios autoridad sobre los hombres, éstos han admitido sus leyes, las cosas han estado repartidas con desigualdad, han existido potestades civiles, se han contado por millares las autoridades paternas, la humanidad ha estado compartida en ciertas demarcaciones ó Estados, que sus habitantes han llamado patria.

De hoy en adelante se debe hacer un cambio radical: nosotros regiremos á los pueblos á nuestro modo: no existiré la patria, porque la suprimirémos, para que la tierra sea la patria de todos: no habrá propiedad, porque nosotros como gerentes de los pueblos, recogerémos todos los bienes de ellos y los distribuirémos según las necesidades de cada uno y la conveniencia de todos, no habrá familia, porque nosotros suprimirémos el matrimonio y la patria

potestad, para que no haya el despotismo de los maridos ni el de los padres, para que los ciudadanos, que lo serán todos sin distinción de sexos, nunca sientan alguna sujeción, y sean como nutridos con la libertad: no habrá potestades civiles ó religiosas, porque suprimiremos toda ley preexistente á los gobiernos, en que se pueda fundar el derecho de regir á los demás, porque no habrá más facultad de los unos sobre los otros, que la que libre y mutuamente se otorguen por las convenciones sociales; no habrá moral ó ley natural, que sea la ley superior de los gobernantes y de los gobernados, á la que arreglen éstos sus acciones privadas y aquellos sus actos gubernativos, porque la ley será en lo sucesivo, la voluntad escrita de los que manden, sea cual ella fuere, y bastará el querer del que está sobre los demás, para que sin réplica se le sometan, sopena de la fuerza coercitiva: y no se dará en adelante participación alguna á Dios en la conducta de los hombres y en el gobierno de las sociedades, independiéndolo á ellos y á ellas de su poder, que es verdaderamente incompatible con la libertad amplia y omnimoda que pretendemos establecer.

Hé aquí en brevisima sinópsis la teoría del socialismo. No hemos descrito una entidad abstracta; no hemos trazado un cuadro imaginario. Hemos dicho en resumen, lo que con extensión pueden leer nuestros lectores en los discursos, en los periódicos y en los libros que los gobernantes de la Communa y los miembros de la Internacional han escrito en este mismo año. Este es el objeto de sus trabajos; á eso tienden sus maquinaciones secretas; para eso complican en ellas á ciertos gobiernos. Si no es exacto lo que decimos, será porque habrémos omitido algunas horribles deformidades de ese programa. Nuestros lectores le llamarán delirios. Es verdad que lo son; pero son los delirios de gente organizada y poderosa, que ha hecho estragos inauditos en París; que los prepara para otras naciones. Es un mal inmenso, diréis: sí, pero que ha sucedido en Europa, replicaréis: pero también puede acontecer en América. Donde existen las mismas causas, pueden producirse los mismos efectos. Observad lo que pasa entre nosotros; observad las ideas dominantes; notad que no se diferencian mucho, sino en el grado de intensidad, de las que produjeron las catástrofes de París. Mejor es evitar los males que repararlos. El mal no está próximo para nosotros, pero

viene hacia nosotros. Cuantos amen lo que es patria, propiedad y familia, y los que amen el orden, la autoridad y la libertad, y todos los que crean en los inmensos beneficios de la moral y en los infinitos bienes dimanados del poder sumo y bondad inefable de Dios, deben adunarse al gobierno mexicano, sea cual fuere, que quiera salvar el orden social, para ayudarle á impedir la preponderancia y hasta el advenimiento del desastroso mal del socialismo.

La Voz de México.—Miércoles 30 de agosto de 1871.